

LA REVANCHA DEL MARXISMO

Por Freddy Quezada



Hace más de diez años escribí que el [marxismo](#) de regresar, como retornó su gemelo enemigo, el neoliberalismo, tendría que hacerlo incorporando los atributos de los nuevos actores que desconoció en su primera hora. No sé si con la nueva ola que parece bañar a América Latina y donde tres centros se perfilan como corrientes de la nueva izquierda con Cuba como el ala dura clásica, Venezuela como el ala radical pero legal, y Chile como el ala moderada y legítima (si uno fuera mal pensado creería en un reparto de papeles con una guerrilla, un sindicato y unos diputados articulados por un mismo discurso) terminará por hundir y yuxtaponer a los paradigmas culturales, subalternos y postcoloniales que apenas están despuntando en algunos países latinoamericanos, en unos más profundos que en otros.

Digo esto porque al enterarme que el Ministerio de Cultura de Venezuela premió a Franz Hinkelammert por su obra *"Sujeto y la ley. El Retorno del sujeto reprimido"* se prepara para estimular el pensamiento marxista de los que sobrevivieron al holocausto teórico neoliberal.

Franz Hinkelammert, teólogo de la liberación latinoamericana, a quien siempre le ha preocupado más lo que piensan los europeos, al parecer no evolucionó como sus compañeros, pues la obra premiada, donde calumnia a Wittgenstein y a Lyotard, a quienes cita pero al parecer no comprende, regresa a sus archienemigos Locke y Hume, con ese odio anti-inglés propio de ciertos alemanes, descubriendo la inversión del discurso de aquel (con el peligro que se le devuelva a Hinkelammert mismo y poner en duda todo lo que dice, tomándolo al revés, exactamente como a los que acusa al “aserrar la rama sobre la que están sentados”) y el escepticismo a este, al ver las cosas en su necesidad, porque, para Hinkelammert, lo mejor es verlas cómo deben ser dentro de cómo son. Pero lo peor es que, al no poder invertir el discurso de Nietzsche, como lo hizo con Locke, prefiere hablar de su vida privada al declararlo loco antes de serlo, autorizándonos a preguntar, en

consecuencia, quién es el Hinkelammert personal y sospechar que puede ser el Marx tomista, renovado, "invertido" y de tacones, como él mismo sueña presentarse, en su segunda venida.

"Golpe bajo" lo que hizo con Nietzsche, digo, en el entendido que destruyeron al postmodernismo (ese escepticismo en relatos liberadores, sano y bien articulado, a mi juicio) que siempre estos autores derrotados, regresivos y reaccionarios, en su hora amarga, amalgamaron con el neoliberalismo. Capitanes, sin duda, y es de saludar, que decidieron hundirse con su barco emancipador (lo que habla bien de su ética pero no de su lógica) como los Galeanos, Petras y Borón que miraron, con desprecio merecido, a las ratas que se les alejaban de sus bergantines y las que pronto regresarán a adularlos cuando la ola los vuelva a elevar, teniendo que recibirlos pues los necesitan para justificarse.

Al postmodernismo hay que agradecerle que nos enseñó a desconfiar de cualquier relato emancipador. Suficiente para tener siempre la guardia en alto cuando regresen de nuevo estos discursos. Pero también hay que estar claros que este movimiento ya agotó su papel y su tiempo. Pelear contra él, es como remar en seco y la obra de Hinkelammert y otras con mención honorífica, reconocidas por un jurado de socialistas ortodoxos, consagrado por Hugo Chávez, centran sus ataques en el posmodernismo, algo que lo concibieron como posible aliado otros autores que se le acercaron (como Said, Bahba, Spivak) haciéndolo avanzar a otros niveles, en vez de emparentarlo con el neoliberalismo por pura ignorancia y terquedad ideológica de capitán de barco a pique, confundiendo su ira con productividad y su rabia con imaginación, del mismo modo que los teólogos suelen ser muy creativos cuando persiguen al mal e inventan cómo destruirlo.

Los paradigmas actuales ya son otros (como el postcolonialismo y el postoccidentalismo) que aún no llegan con fuerza a nuestro país que, como toda provincia, discute sobre cosas viejas y en vez de beneficiarse de sus versiones más actualizadas, decide por medio de sus pensadores de campanario, retroceder cada vez más hacia atrás. Esto explica ese "marxismo mágico", necio e irredento, que añora la Editorial Progreso y defiende aún la editorial de Ciencias Sociales de La Habana, que usan nuestros autores de izquierda y la eliminación de pensadores verdaderamente contemporáneos del catálogo que algunos hacen.

Por su parte, desde las escuelas culturales y subalternas que apenas están llegando con paciencia y profundidad (casos de Erick Aguirre, Erick Blandón, Carlos Midence, Leonel Delgado, Nicasio Urbina *et al*) corren el riesgo de ser sepultadas por el alud que veo avecinarse. Aunque algunos de ellos siguen bajo la ilusión de poder combinar esta escuelas con una suerte de marxismo abierto. A mí mismo me gustaría hacerlo. Difícil si se cae en la cuenta que la diferencia de estos esquemas está en creer o no en emancipaciones de los demás y buscar cómo salvarlos aún en contra de ellos mismos, terminando en el viejo callejón sin salida de la libertad: ¿tenemos el

derecho, aunque creamos tener el deber, de salvar a los esclavos aunque no estén de acuerdo ni consciente de sus cadenas?

Las tesis de Leonel Delgado, por ejemplo, es una lectura de autobiografías de escritores centroamericanos en las que me parece que él busca encontrar cómo sus discursos producen un efecto de nacionalidad y de sentido de nuestras historias, con ellos ya canonizados por otros y por sí mismos con sus autobiografías, fortaleciendo sus cartografías subjetivas, pero que no logra aterrizar en el terreno del Estado nación, donde deberían expresarse ni como referencias bibliografías ni como ideas alrededor de los Estados naciones en Centroamérica, de por sí débiles y, no sólo inventados como todos, sino impuesto a unas masas desilustradas.

Carlos Midence hace lo mismo pero con más perspectiva sociológica. Son como dos mitades en las que Delgado lleva la mejor parte "literaria" (profundo y fluido en el tratamiento de esta temática y el uso de autores) pero débil en el aspecto de su efecto en la conformación de nuestras nacionalidades y de la formación del Estado nación (donde Midence lo supera en perspectiva).

No sé, pero tengo la impresión que estoy ante los dos autores que van a cambiar el modo de ver Nicaragua, que siempre han separado los historiadores tradicionales y los artistas: el de la política y el de los creadores, sin que tengan que ver los unos con los otros. Julio Icaza desde un puntode vista más clásico, platónico, intenta hacer lo mismo.

No sé qué busca Leonel con las autobiografías. Hasta donde sé los notables escriben su propia vida porque los demás (en realidad una parte de ellos) ya los han declarado importantes como canon (y por tanto las autobiografías nacen viciadas con el gesto hacia la inmortalidad como decía Kundera) y, por otro lado, sirven a alguno autores (como creía Cioran) para demostrar que la vida misma de los creadores de teorías nada tiene que ver con sus discursos. También sirven para que otros le opongán sus vicios a otros biógrafos que los presentaron con sus virtudes, como hace Paul Johnson.

En cualquiera de los casos, se está claro que las subjetividades no pueden objetivarse (como biógrafo de autobiografías !!!!!) en el sentido que parece hacer Leonel, es decir, explicarse desde discursos psicoanalíticos (sin usar a Lacan ni una sola vez !!!!!) que no llegan a parar al lado que promete: el Estado nación y aquí estamos en el terreno de Midence.

En algún momento esta escuela tendrá que polemizar fuerte contra los neomarxistas para imponer sus agendas en el imaginario intelectual del país. Será una lucha de paradigmas a muerte, o tal vez no, y será pactada con los jóvenes, o los viejos incorporarán sus discursos como si desde siempre lo hubiesen dicho o sabido. Cómo saberlo.

Creo que Nicaragua volverá a repetir su vieja historia y tragedia de palimpsesto que no termina de redondear una cosa cuando ya está con otra encima. La diferencia será ahora que esa otra capa que tendremos encima ya

la conocimos en su peor momento y queremos dejarnos engañar ahora
creyendo que será mejor. ¿Lo será Dr. Malito? ¿Lo será Minimí?

